
LA EGIPTOLOGIA EN ESPAÑA: ACERCA DE SIR A. GARDINER

Francisco Pérez Vázquez

Durante el pasado mes de Abril, con motivo del ciclo de conferencias organizado por la A.E.D.E. bajo el título “Howard Carter, setenta años después, vida legado y obra”, he tenido el honor y el inmenso placer, como miembro del Comité Organizador, de acompañar durante su estancia en Madrid a los eminentes egiptólogos invitados como conferenciantes a dicho evento.

Cerró el ciclo el Doctor Thomas Garnet Henry James, excavador, filólogo, paleógrafo, Conservador-Jefe del Departamento de Egiptología del Museo Británico durante catorce años y en suma, una de las grandes personalidades de la ciencia egiptológica actual, bien conocido por sus trabajos y publicaciones.

Los tres invitados respondieron con exceso a muestras expectativas, dejándonos una grata huella de su personalidad y conocimientos, pero con Mr. James hubo algo más: su carisma nos cautivó a todos los que departimos con él. Su conferencia fue espléndida, manteniendo el interés de los asistentes segundo a segundo, a pesar de que él, con su proverbial sentido del humor, me confesó poco antes de comenzarla que normalmente se dormía en las conferencias de otros y que la gran ilusión de su vida era dormirse en una propia. Pero lo que realmente refrescó mi corazón, usando una expresión del egipcio clásico, fueron las charlas que mantuvimos con un par de vasos de vino por medio. Con Mr. James uno tiene la sensación de que puede tocar la Historia de la Egiptología, de que la tiene al alcance de la mano.

Ya a su llegada, cuando íbamos camino de la Residencia de Estudiantes procedentes del Aeropuerto, el insigne T. G.I. James de todos los libros que yo había leído, ya se había transformado a petición propia en mi amigo Harry. Aproveché y comencé a preguntarle por los temas de mi interés y de los que él es un auténtico experto: los lingüísticos. Le hice la pregunta de rigor sobre la vigencia de la Gramática de Gardiner y su opinión sobre todas las nuevas teorías post-Polotsky y cuál no sera mi sorpresa cuando empezó a hablarme de Gardiner en primera persona, de su relación con él, de anécdotas vividas con el Sir Alan, cuya obra tanto admiramos pero al que, al menos este humilde servidor, *b3k ím*, tan poco conoce a nivel humano.

El objetivo de estas notas es plasmar por escrito esas pequeñas historias que acabo de conocer, para hacer partícipes de ellas a los colegas que estén interesados y quieran perder unos minutos leyéndolas, sobre todo porque ahora sólo están en la memoria de James, y éste, a pesar de que le ha sido propuesto escribir la biografía de Gardiner, dice tener demasiados proyectos entre manos, por lo que la pospone para más adelante. Admirable en un hombre de setenta y un años.

Para no dejar abierto el tema, a mi pregunta sobre la vigencia de la famosa Gramática escrita en los años veinte, me confirmó que es absoluta, que él la sigue usando como primera referencia y que lo seguirá haciendo hasta que alguno de los lingüistas de nuevo cuño elabore “una obra tan completa “. A este respecto me informó que actualmente Pascal Vernús está escribiendo una en inglés que en principio le merece gran confianza.

Cualquiera que haya estudiado la Gramática de Gardiner saca como primera conclusión que es una obra a la que su autor otorgó total dedicación y que éste era alguien con una mente privilegiada. Los dos puntos los confirmó James con datos de primera mano. Gardiner procedía de una rica familia y siempre vivió de las rentas, pudiéndose dedicar en cuerpo y alma a su pasión: la egiptología, pero en la que tampoco desempeñó nunca un cargo que de alguna forma hubiese politizado sus actuaciones y constreñido su tiempo. Hombre metódico en su trabajo y horarios, se levantaba cada día a las ocho de la mañana, desayunaba en familia y a las nueve se encerraba en la magnífica biblioteca de su propia mansión. Allí permanecía hasta la una, luego comía y jugaba un partido de tenis, deporte que siguió practicando hasta sus últimos años. Por la tarde volvía a sumergirse entre sus libros.

Sin embargo él mismo se encargaba de ponerle límites a esta libertad que le otorgaba su autonomía estableciendo programas de trabajo que cumplía a rajatabla. Cuenta James que muchas veces cuando le pedía cita para realizar cualquier consulta, se la daba para una o dos semanas más tarde, a pesar de que de todos era conocido que no tenía ningún otro compromiso, sólo la fecha tope que él mismo se había fijado para el trabajo que estaba desarrollando en ese momento.

La puntualidad era el primer mandamiento de su decálogo, algo que cualquiera que quisiese tener alguna relación con él tenía que saber y respetar, si no estaba perdido. Cierta día había quedado el joven Harry James en dar con él un paseo en barca por el río, a las dos en punto. Venía corriendo para ser puntual, pero cuando se acercaba al embarcadero vio aterrado al Maestro dando paseos impaciente con los brazos cruzados a la espalda. Se deshizo en excusas y pidió perdón mil veces. Gardiner no contestó y los dos se subieron a la lancha. En ese instante sonaron las dos campanadas en el reloj de la torre del Colegio. Apostilla James que a partir de ese momento, cuando visitaba a Gardiner siempre iba con amplia antelación y aparcaba su coche en la esquina previa, permaneciendo allí hasta la hora en punto de la cita.

Debía ser grande el respeto y veneración, a veces rayando en el terror, que el viejo Sir despertaba entre los jóvenes egiptólogos. Se encontraba James en la casa de Chicago en Luxor y se presentó Gardiner buscando a alguien que le acompañara a la orilla oeste. Harry

se brindó encantado y marchó con él. Una vez al otro lado del río aquél lo miró y le preguntó: - “¿No trae usted sombrero?”. James le dijo que no lo necesitaba y siguieron caminando. En realidad era invierno y el sol, aunque presente en su feudo del Alto Egipto, no era ni mucho menos el castigo implacable de otras épocas del año. No habían llegado a su destino cuando, mirándole a la cabeza volvió a espetarle: - “Creo que no sabe lo que hace, necesitaría un sombrero”. Desde ese punto, el pobre James no dio pie con bola, sólo preocupado en guarecerse bajo las escasas sombras de los riscos.

He aquí que al año siguiente volvieron a coincidir en Sakara y nuevamente Gardiner le pidió que visitara con él algún monumento. James buscó ansioso algo con que taparse la cabeza y se puso lo primero que encontró: una hermosa pámela de señora, con la que no tuvo ningún pudor en pasearse bajo la asombrada mirada del resto de arqueólogos, pero con la total complacencia del insigne filólogo.

En otra ocasión estaban juntos trabajando y Gardiner se sacó del bolsillo una foto con un texto jeroglífico que acababa de recibir, y se la mostró diciéndole: -”Vamos a traducir esto, ¿qué le parece que es?. James titubeó y cuando iba a comenzar a analizarlo el maestro dijo: “Ya lo sé. Diga su opinión”-. Lo puso entre la espada y la pared. ¡Cualquiera se atrevía ahora a esgrimir alguna propuesta!

No tenía Gardiner el cariño de toda la comunidad egiptológica, sino que, por el contrario, disfrutaba de algunos fervientes enemigos. La causa, según James, era el estricto rigor de sus opiniones y comportamiento. Era capaz de destrozar la carrera de un amigo si con ello creía favorecer a la Egiptología en general. Cuenta que un día le preguntaron sobre la conveniencia de proponerle un buen puesto en Oxford a su amigo Cerny, propuesta que le supondría a éste una importante promoción. Gardiner aconsejó no hacerlo aduciendo que la labor que estaba desarrollando en Londres era muy importante, de lo que por supuesto estaba convencido. El puesto se lo concedieron a pesar de la opinión de Gardiner, el cual a partir del nombramiento siguió colaborando y apoyó todo lo posible a su amigo para que triunfara.

Con respecto a la relación personal entre Gardiner y Howard Carter confirma Harry James que nunca fue excelente, algo que era de esperar conociendo el carácter de ambos. Los enfrentamientos venían ya de antiguo, de mucho antes del descubrimiento de la tumba de Tut-anj-Amon. Como muestra de las chispas que pueden saltar al rozar una áspera rueda de afilar con un acero templado, me he permitido citar a continuación la carta escrita por Carter a su amigo Percy E. Newberry el 27 de Octubre de 1911, extraída del catálogo de la exposición “Howard Carter before Tutankhamun “:

“...Citoyen Gardiner is still here - the more I see him the less I like him, and am even more sure that as far as any real friendship goes he is not be trusted. Certainly, living alone as I do ofen is inducive to one letting the milk curdle, but to real friends I have never had that occur. Even forgive me if I warn you against him - I have already nearly punched his head for nasty insinuations against my friends...”

A pesar de todo, sí que colaboraron estrechamente durante diez años tras el descubrimiento de la tumba, siendo importantísimo el apoyo de Gardiner en la traducción de los textos.

Según James estaba previsto que participara en una amplia publicación que nunca se llevó a cabo, en parte por el incidente ocurrido entre ambos, el cual desató las hostilidades con carácter indefinido. Me refirió que cierto día ya en los años treinta, le dio Carter a Gardiner un amuleto *whm* de su colección particular para que lo analizara, pero con el ruego de que no lo mostrara a nadie. Desobedeciendo su solicitud, se lo enseñó a Driotón, a la sazón director del Museo del Cairo, quien sin dudar y con asombro vio que era igual a otros procedentes de la tumba de Tut-anj-Amon. El impetuoso excavador nunca perdonó al filólogo.

Con esta anécdota mi amigo Harry no estaba intentando echar leña al fuego en el controvertido asunto de las piezas que Gardiner y Carnarvon podrían haberse guardado procedentes del más importante descubrimiento de la historia de la egiptología.

Afirma que es cierto que a la muerte de Howard Carter se encontraron en su piso londinense algunas piezas menores del ajuar del joven rey, las cuales fueron regaladas por uno de sus herederos al rey Faruk y depositadas por éste en el Museo de El Cairo.

Pero la idea de James es que no hubo mala intención. En el momento de realizarse el descubrimiento tanto el excavador como su mecenas estaban convencidos de que tendrían derecho al cincuenta por ciento de los hallazgos y Carter consideró estos elementos como un “pago a cuenta” que guardó para entregárselos luego a Carnarvon.

La muerte inesperada del Conde y la decisión de la Organización de Antigüedades de no conceder parte del descubrimiento a los excavadores le cogieron por sorpresa; su orgullo hizo el resto: era incapaz de presentarse en el Museo a devolver lo que había cogido. Todo quedó en su casa y quizás los acontecimientos posteriores fueron los que él previó. Lo que está claro y James enfatiza es que de haber querido sacar provecho económico lo hubiera tenido fácil, vendiendo estas piezas a cualquier coleccionista privado que las hubiera pagado con esplendidez.

Volviendo a Gardiner, y con respecto a su vida familiar, parece que estuvo impregnada de la típica moral inglesa de principios de siglo. Excelente padre de familia y amante esposo, tampoco se privó de algunos devaneos sentimentales que no guardó con celo.

Ya anciano y enfermo, James le oyó comentar con su esposa cuan felices habían sido y cómo se habían dedicado una vida plena el uno al otro: “...with only ocational periods of polygamy”.

Tuvo dos hijos y una hija. Dos de sus nietos han alcanzado cierta fama en el presente, de uno, según James, se sentiría orgulloso su abuelo, pues es director de un grupo de música barroca. Del otro, menos, es hijo de su hija, de nacionalidad americana y se ha dedicado a la investigación histórica promulgando una teoría que defiende que la cultura griega tuvo su

origen en el Africa negra. Como es natural ha levantado un gran revuelo, con la oposición de todos los historiadores de su entorno pero con el apoyo de la comunidad negra de Estados Unidos. James puntualiza que lo que busca es una fácil promoción y mercantilismo barato, aquello que Sir Alan profundamente aborrecía.

Y hasta aquí estas pequeñas pinceladas sobre la personalidad de mi gran ídolo y el de otros tantos amantes de la filología egipcia, conocidas de primera mano de boca de alguien que a partir de ahora también ha entrado a formar parte del reducido grupo de personas por las que siento profunda admiración, este galés amante del vino de Rioja, que distingue perfectamente un fino de una manzanilla, viajero infatigable que aprovechó su estancia en España para irse solo a descubrir Andalucía, al que su mujer lo único que ha prohibido es que asista a una corrida de toros, “aunque a mi edad poco más puedo hacer”, reflexionó él. Yo lo dudo, sobre todo después de asfixiarme al intentar seguirlo maleta en mano, ambos por las escaleras que conducían a su habitación de la Residencia ubicada en una cuarta planta.

